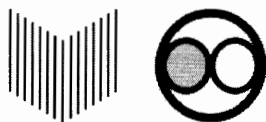


Cartas de Lysi

La mecenas de sor Juana Inés de la Cruz
en correspondencia inédita

Estudio preliminar, edición y notas

HORTENSIA CALVO – BEATRIZ COLOMBI



Índice

Agradecimientos	7
Introducción.....	9

Primera parte

Capítulo I. Proveniencia, contexto y contenidos de las cartas	17
Proveniencia.....	17
El contexto mexicano de las cartas.....	20
Contenido de las cartas.....	27
a. La carta a María de Guadalupe de Lencastre, 1682.....	27
b. La carta a Vespasiano Gonzaga, 1687	40
Capítulo II. María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga: su vida, su época.....	47
María Luisa, sus ancestros.....	48
De menina a virreina	56
El ingreso de los virreyes de la Laguna a México.....	64
Los días mexicanos de la virreina	70
En la pluma de sor Juana: Lysi y su familia.....	78
El regreso a España, los últimos años.....	87
Cronología	99
Bibliografía.....	111

Segunda parte

Transcripción de las cartas de María Luisa.....	121
Criterios de esta edición.....	121
Facsímil.....	125
Versión paleográfica.....	151
Versión modernizada.....	167
Apéndices	
Apéndice 1: Nómina de la comitiva de Tomás Antonio de la Cerda	189
Apéndice 2: Cartas del VIII duque de Medinaceli a Tomás Antonio de la Cerda, marqués de la Laguna, 1687...	193
Apéndice 3: Poemas de María Luisa a sor Juana	205
Apéndice 4: Poemas de sor Juana a María Luisa y a María de Guadalupe.....	209
Apéndice 5: Ilustraciones	223
Índice de nombres propios en las cartas.....	239

Introducción

*la que naciendo en Europa
pasó su luz matutina,
brillando Estrella en Italia
a lucir Sol en las Indias*

Sor Juana

Romance 69, vv. 17-20¹

El nombre de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes, marquesa de la Laguna, está indisolublemente asociado a una de las figuras más importantes de la literatura hispanoamericana, sor Juana Inés de la Cruz. Si bien para 1680, cuando empieza el virreinato de los marqueses de la Laguna, sor Juana ya gozaba del reconocimiento de sus coterráneos y había sido favorecida por la tutela de los virreyes marqueses de Mancera (1664-1673) y fray Payo Enríquez de Ribera (1673-1680), el paso de María Luisa por México (1680-1688) fue decisivo para la fortuna literaria de la monja jerónima. La estancia de la virreina de la Laguna en la Nueva España marcó los años quizás más felices y productivos de la poeta. De la mano de su mecenas, sor Juana accedió a la publicación de su obra en España, lo que le brindó la consagración inmediata y la fama póstuma, tanto en la península como en el resto del mundo hispanohablante. Al mismo tiempo, sor Juana supo entender, quizás mejor que nadie, el carácter de su señora, inspiradora de piezas memorables. En el festejo del Monasterio de San Jerónimo, del cual reproducimos un fragmento en el epígrafe, sor Juana pone de relieve

1. Del juego *Bailes y tonos provinciales de un festejo, asistiendo en el Monasterio de S. Jerónimo los Excmos. Señores Condes de Paredes, Virrey y Virreina de Méjico*. Se citará por la edición de sus *Obra completas*, Cruz, 1995-2004 [1951-1957].

una de las claves de la vida de la marquesa de la Laguna: el desplazamiento de Europa a América, circunstancia que la llevó de ser, en palabras de la monja mexicana, “estrella” en el viejo continente a convertirse en “Sol” en las Indias. La metáfora, panegírica y celeste, como convenía al trato cortesano y a las convenciones de la época, expresa con notable precisión el circuito de la vida de su protectora, condensado en este pasaje de noble dama en la Corte metropolitana a virreina en la Nueva España, lo que dio esplendor y proyección política a su ya encumbrado linaje.

Espectadora fascinada por los destellos y las virtudes de la virreina, y movida por las exigencias formulaicas del sistema de patronazgo, sor Juana poetizó los más diversos momentos de la residencia de María Luisa en tierra mexicana. El ingreso festivo a la ciudad, los agasajos oficiales, el embarazo, el nacimiento de su hijo José, los paseos por las huertas “donde fue a divertirse la Excma. Sra. Marquesa de Paredes”, sus encuentros en el convento de San Jerónimo, los cumpleaños y festejos en Palacio, los efectos de su imbatible belleza, el dolor de su partida, entre muchas otras escenas, circunstancias y pormenores que rodearon a su vida americana, todos fueron captados líricamente por sor Juana.² Por este motivo, la obra de la jerónima es una de las fuentes más apreciadas y legítimas para conocer a la virreina, si bien, como es evidente, la admiración que le profesó sin ambages estuvo mediada por los filtros de la retórica y las exigencias de los protocolos de la relación desigual entre escritor y patrón. Si del sujeto histórico María Luisa poco o nada queda, podría decirse que lo más palpable de su tránsito por el mundo son las numerosas evocaciones y representaciones que le dedicó su amiga y protegida.

En efecto, el perfil de la virreina —figura inmortalizada por su vínculo personal con sor Juana— ha sido uno de los objetos de estudio más escurridizos dentro del rico universo barroco novohispano. Como un personaje de un drama de época, María Luisa se esfuma detrás de su ropaje o, en su caso particular, de su propia investidura y posición social. Para reconstruir su historia —relegada, como la

2. Dice Amado Nervo en su biografía de Sor Juana Inés de la Cruz, de 1910: “Puede decirse que no da un paso la virreina sin que la sigan los grandes y rasgados ojos de Sor Juana, quien borda la vida diaria de Lysi con rimas resplandecientes.” Nervo, 1995, p. 135.

de tantas mujeres protagonistas del siglo xvii— solo contamos hoy con fragmentos de genealogías y tratados, o con citas y menciones en diarios y documentos oficiales que, por su escasez o brevedad, no alcanzan a satisfacer la curiosidad que su persona despierta. ¿Quién fue María Luisa? ¿Cómo fue esta mujer que gozó del privilegio de un diálogo asiduo y una estrecha amistad con nuestra poeta? ¿Qué certidumbre la movió al gesto histórico de publicitar su obra en España, más allá de la acendrada tradición del mecenazgo imperante en la nobleza de su tiempo? Destacados especialistas han procurado, con los pocos elementos existentes, darle un rostro a la virreina, pero María Luisa ha seguido siendo un ser velado y enigmático para los estudiosos de la cultura mexicana y de la obra sorjuanina.³

El feliz hallazgo de dos cartas autógrafas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga en la Latin American Library de la Universidad de Tulane en Nueva Orleans viene a llenar, al menos parcialmente, este vacío de información. Se trata de documentos inéditos que permiten indagar en la personalidad de la virreina, quien se nos muestra por primera vez como un ser de carne y hueso o, al menos, como lo más cercano a ello, como es el trazo de su propia mano en el papel. Podemos observarla, en el espacio privado de la epístola, consustanciada con las noticias cortesanas de España y preocupada por los sucesos locales, permitiéndonos acceder así a una dimensión, ignorada hasta el momento, de sus intereses mundanos. Asistimos también a la expresión de sus afectos de esposa, madre, amiga, prima e hija, y la apreciamos como asombrada relatora de las dotes intelectuales de una monja jerónima a quien dice visitar con frecuencia como único refugio a su soledad.

La primera de estas cartas está fechada el 30 de diciembre de 1682, cuando María Luisa lleva dos años de estadía en Nueva España, y está dirigida a su prima, María de Guadalupe de Lencastre, duquesa de Aveiro; la segunda, más breve y escrita el 29 de julio de 1687, tiene como destinatario a su padre, Vespasiano Gonzaga, pre-

3. Tenemos en cuenta los aportes de Alfonso Méndez Plancarte, Octavio Paz, Antonio Alatorre, Georgina Sabat de Rivers, Margo Glantz, Pascual Buxó, Martha Lilia Tenorio, Judith Farré, así como de otros estudiosos de sor Juana. Agradecemos especialmente la información brindada por Carlos Pérez Rincón en sus artículos sobre la virreina y su hijo de 2002, 2003 y 2011, que citamos a lo largo de este trabajo.